



Rubén Darío

En el Centenario de "Azul"

Por Fernando de la Lastra

SANTIAGO hasta 1886 era una ciudad silenciosa. La frescura de los campos circundantes y la fragancia de los maitos, era el "olor" de entonces. Ciudad de campanas como privilegiando los últimos años del siglo en el que, sin embargo, el progreso avanzaba rápido y el peso valía algo más de 46 po-
niquen. Hacia esa fecha, nuestra "urbe" contaba de 12.441 casas, según una estadística, y sus casas alber-
gaban una población estimada en 180 mil habitantes. Existían 1.107 carruajes particulares: landós, cupés, solioes, diques y victorias, beraks y cabanos que ro-
daban por nuestras calles más polvorientas que ado-
quinadas y más de 800 coches de arriendo y uso público. Por fin, 45 mil personas utilizaban al día el Ferro-
carril Urbano que, atravesando algunas calles centra-
les, recorría la ciudad desde la Universidad de Chile hasta el Mercado Central, y desde el mismo punto
hasta la estación del ferrocarril. Ya se había inaugu-
rado el alumbrado público que irradiaba su poesía a
través de las "lámparas de luz eléctrica de Edison".
Ante la ciudad salía de sus tinieblas callejeras secula-
res. Nuestras calles eran largas. Sólo los especuladores
los pajaros y los volantes. Pasos en los portales, en
los Talamas y en la Alameda de las Delicias. Las co-
cas de uno y dos pisos, con tejas de ladrillo, eran ho-
garos de "puertas para adentro" en su sentido literal.
Época de tertulias y de mistelas. El Parque Cousiño
incitaba a la vida y el Santa Lucía mostraba sus extra-
ordinarias floraciones, escalafos y ensueños. Hacia
el oriente, la misma cordillera, el más extraordinario
movimiento de nuestro continente, se percibía sobre-
bia, tan intacta como la vemos hoy día.
Algo semejante sucedía en Valparaíso, entonces
primer puerto del Pacífico. Las acucinas hacia los
cerros mostraban la pujante ascendente de sus habi-

tantes: muchos ingleses, franceses y alemanes hie-
ron de estas costas su segunda y definitiva patria. En
las noches, bajo las estrellas, los músicos de los bor-
garines en la habita, apuntaban al cielo nuestro des-
tino. En Valparaíso, el alba, el mar y el crepúsculo,
son aulos. En algunas mañanas, muy especiales, des-
de lo alto del puerto suele verse el majestuoso Acon-
cagua.

Más que atractivo era el bullicioso ambiente literario
de Santiago a fines del siglo pasado. En los salones se
estaticaba la conversación, lo mismo que en los cálidos
comedores de Pupi Gage y éstas se hacían más sabro-
sas en los salas de recepción de los periódicos de en-
tonces. Una pléyade de más de cien escritores —do-
velistas, poetas, ensayistas y dramaturgos— en una
ciudad pequeña y banerista provinciana, hasta gilas
de sus virtudes, inquietudes y rencillas. Algunos, em-
plemente pasaron sin mayor gloria, otros alcanzaron
alguna figuración como los de la guerra, Alfredo Fran-
naval, Indaco Errázuriz, Barros Grez, Carlos Morla Vi-
cuña, Vicente Grez, etc. Y los hubo letrados como
Vicente Pérez Rosales —fallecido en 1899—, Luis-
rria, Alberto Blest Gana, Daniel Riquelme y Luis
Orrego Luco. Estos escritores y muchos más corres-
ponden, precisamente, a lo que los historiadores de la
literatura denominan: como "Romanticos". Chile, en-
tonces, era un país insular y alejado del resto del
mundo. Finis Terras. Sin embargo, esto no obsta para
que haya sido uno de los más cultos del continente y
el más letrado, acaso por eso mismo.

Al mismo tiempo, nuestras letras eran invadidas
por el oleaje perituro de la literatura francesa, de
avanzada, desplazando a la española. Buen ejemplo,
entre otros, lo constituye la obra de Alberto Blest Ga-
na en su "Arcimérica en el Amor", "El Ideal de Juan Ce-



Rubén Darío

lavera" y "Martín Rivas". Párrafo fue la tertulia illa-
raria de doña Lucía Muñoz de Vergara, hija del Pre-
sidente. Y también la de Pedro Balmaceda de Toro,
en la que se leían a los Goncourt, a Barbey d'Aure-
villo, poetas de Verlaine o de Mallarmé, de Ravilly
y Solís Frutthomme, Taine, V. Hugo, Daudet, V. tam-
bién, algunos autores españoles de la llamada Gene-
ración del 98.

El "Indio Triste"

Filho Rubén García Sarmiento (1867-1964) nació
en Matapu, aldea de Niterói. Fue niño prodigio.
Cuando sólo contaba 12 años publica sus primeros
versos en el periódico "El Termómetro". Así, no fama
de poeta niño corrió pronto por toda América Central.
A los 14 años, para ayudarse a vivir, emienda gramática
castellana sin el caberla. Por encargo, hace sermones
novenas dedicadas a santos. Sin ser burocrata, vivió
desde siempre como hijo adoptado en casa de unos
illos. Su infancia, su adolescencia y su juventud fue-
ron de una extrema soledad. Siempre estuvo al mar-
gen de los grupos, ya que su melancolía profunda le
impedía hacer vida normal. Más le atraía la contem-
plación y la lectura. Y su pasión por escribir era su
manera de expresarse, y su hiperpersonalidad terminó
al fin por suararle ese destino: ser poeta.

Por algún motivo todavía no bien establecido lle-
ga a Valparaíso en 1886 con cartas de recomendación
del general salvadoreño don Juan Calas —fino escoc-
tor que anteriormente había estado en Chile como mi-
nistro plenipotenciario en 1875— con importantes
vinculaciones en nuestra sociedad, ya que en Santia-
go dejó muy grato recuerdo. Calas, le animó: "Ad-

(Continúa en la página 64)

En el centenario de "Azul" [artículo] Fernando de la Lastra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Lastra, Fernando de la, 1932-1990

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En el centenario de "Azul" [artículo] Fernando de la Lastra. [Santiago, Chile], 1988. Retratos.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile